

Encuentro Adulto Mayor, Hospital UC., Extensión, mayo 29 de 1990.

Estamos participando en el proceso de toma de conciencia de una realidad particularmente significativa en nuestra vida social. Tomas de conciencia como esta marcan a menudo verdaderos hitos en la evolución social, uno de cuyos rasgos más interesantes es precisamente este, por el cual la sociedad se va diferenciando, se van estableciendo en ella nuevos roles que identifican a nuevas agrupaciones de hombres y mujeres y que permiten distinguir dentro del sistema social a nuevos actores que ingresan al complejo tejido de comunicaciones que lo configuran. En una sociedad tradicional cada uno de sus miembros tiene un rol, un papel social que se halla establecido, en cierta forma desde su mismo nacimiento. La sociedad contemporánea es mucho más dinámica y cambiante, y los roles de cada individuo se multiplican y superponen de modos muy complejos.

El lenguaje, la denominación para estos cambios suele ir detrás de la aparición de estos. Y sucede habitualmente que seguimos designando con el mismo nombre a realidades que ya han evolucionado y que tienen una significación muy diferente. Así podemos seguir hablando de anciano, de senescente, términos que podrían haber sido utilizados en otro tiempo, pero los estamos refiriendo a una realidad nueva, porque de hecho es la percepción social del adulto mayor lo que ha cambiado.

Una tradición muy antigua, común a muchas culturas, hacía del anciano el depositario propio de la experiencia, la sabiduría, la prudencia. Una manera pintoresca de recoger esa tradición, se expresaba en el comentario que hacía por allá por 1850 un político chileno, quien al hacer el elogio de alguna actuación parlamentaria de un hombre muy joven y recién iniciado en esas lides, decía: "Ve Ud., que los jóvenes se están portando como si fueran viejos".

Palabras que no serían hoy ningún elogio y que contrastan por cierto con la misión casi mesiánica que le fue asignada por algunos a la juventud en tiempos no lejanos, quien sabe si como un esfuerzo inconciente de compensarla por el hecho de que en dos guerras mundiales sucesivas, ella había sido enviada al matadero.

Pero el hecho es que las décadas de vida de los sesenta para arriba, plantean una realidad de orden distinto de la que podría surgir de una valoración tradicional o de una meramente afectiva del anciano o del joven, porque los hombres y mujeres que se aproximan a la ancianidad o que ya transitan por ella, son hoy mucho más abundantes que en ninguna época de la historia, y viven experiencias colectivas nuevas que los hacen identificarse como un grupo social definido, y que llevan a la sociedad en general a reconocerlos como tal, y a tomar conciencia de sus necesidades como grupo.

Así por ejemplo, la formación técnica o profesional, o simplemente el trabajo en la sociedad moderna o incluso las obligaciones del hogar, han sido para ellos tan prolongados y exigentes, que los han obligado a canalizar sus inquietudes y energías de un modo mucho más estricto que el que hubieran deseado, y ciertamente muy alejado del ejercicio pleno de su libertad y autonomía. Tienen a menudo conciencia de una deuda consigo mismos y con lo que pudieron ser, con las posibilidades de crecimiento legítimo que dejaron de lado y generan así una demanda interesante y novedosa sobre el sistema educativo y cultural.

Su capacidad de trabajo es probablemente inferior en términos puramente competitivos, a la del promedio de los adultos más jóvenes, pero ella es real y es muy rica en creatividad y en el fruto de una experiencia prolongada. En todo caso, es mucho mayor que la que se puede imaginar cuando se ve la posición de retiro forzado a la que la sociedad suele empujarlos y por el empleo o no empleo de esa capacidad, se generan relaciones positivas o negativas de realización o de frustración que tienen una importante repercusión social general.

Su núcleo familiar tiende a menudo a ser más reducido, al dispersarse los hijos. El romperse de los nexos físicos de una familia grande y cercana, abre nuevos

horizontes de desarrollo y experiencia espiritual, pero crea condiciones de soledad y aislamiento que pueden ser dañinas o limitantes. Al mismo tiempo, los adultos mayores constituyen para los miembros menores de su grupo familiar un horizonte de referencia. Si la vida de los mayores es plena, la de los menores se carga de esperanza o de optimismo. Si la primera es mirada como una carga social, la vida de los jóvenes tiende a vaciarse de su sentido de futuro por lo mismo que el término de sus afanes les aparece tan poco atractivo.

El aumento numérico de una población adulta mayor, genera problemas médicos y sanitarios de gran envergadura, al crecer la incidencia de patologías propias de la edad, y al acentuarse la paradoja económica de la medicina moderna, según la cual ella alcanza su máximo costo en aquellos grupos etarios en los cuales la recuperación de la salud tiene un menor retorno económico para la sociedad. No quiero hacer el menor esfuerzo por internarme en este complejo mundo de relaciones sociales, que van desde la educación médica hasta el financiamiento de las acciones de salud, y que cambian toda la perspectiva de análisis y de práctica de salud en el mundo contemporáneo.

En los sistemas previsionales, el crecimiento progresivo del llamado sector pasivo, va cuestionando relaciones sociales que parecían establecidas definitivamente, al surgir y aumentar un grupo que consume más de lo que produce, y que sin embargo ha incorporado su trabajo de ayer a la máquina productiva de hoy, la cual les debe a los productores de ayer muchas de sus virtudes y por supuesto también de sus defectos actuales.

Necesidades culturales, laborales, económicas, previsionales, de salud, y las formas correspondientes de satisfacerlas, crean una compleja red de interacciones sociales. La más elemental descripción de ellas muestra dos cosas. Primero, que ellas desafían cualquier forma de abordaje restringidamente disciplinar, y exigen una forma distinta de aproximación, multidisciplinaria. Segundo, que no se trata de un conjunto estático de relaciones, como una especie de estado de equilibrio, sino que reflejan un proceso de cambio, en el cual

van surgiendo nuevas necesidades o se van reformulando las que parecían ya establecidas.

Para abordar el problema en su conjunto, se necesita afinar los criterios de análisis social, y se necesita hacer converger muchas disciplinas y muchas experiencias de diversos sectores. En estas jornadas se advierte esa tendencia. La concurrencia del Ministerio de Salud, la Universidad, y numerosos organismos interesados en distintos aspectos del problema del adulto mayor, sugieren desde ya la oportunidad y necesidad de un abordaje diferenciado y amplio del asunto. Para la Universidad, es especialmente grato el poder aportar a este empeño algo de su capacidad específica, intentando plantear científicamente distintas facetas del problema.

Sin embargo, al ver constituido este conjunto de necesidades de las cuales se toma conciencia social, al ver en juego esta complicada red de relaciones, muchas de ellas de nuevo cuño, no debemos permitir que el análisis científico, o la solución práctica de los problemas nos lleven a olvidar al protagonista, al hombre y a la mujer adultos mayores, cuya presencia y cuya acción van exigiendo y configurando esas necesidades y acciones sociales. El ser humano en su existencia concreta se escapa o trasciende al análisis de los sistemas en los cuales su acción está incorporada. Subyacente a la organización social que estudian las ciencias, se halla la persona del hombre, que reclama para sí un lugar creativo y una aceptación plena en la sociedad.

El problema del adulto mayor es un problema de respuesta social a esa demanda de personas, y debe estar presidido por un espíritu de solidaridad. El adulto mayor tiene algo que aportar a la sociedad en la que vive, algo que aportar como grupo, aun cuando no fuera sino la noción de que la sociedad humana no es puramente funcional, no está regida exclusivamente por leyes de eficiencia, y que estas mismas no son comprensibles y llevan a resultados absurdos o monstruosos si no dejan un lugar a una especie de señorío del ser humano, aquella condición por la cual se manifiesta el hecho de que él es imagen de Dios, y llamado a hacer realidad de esa forma de expresión social del amor de Dios que es la solidaridad.

Desde luego, el adulto mayor es hoy lo que los más jóvenes serán mañana, y en el destino de aquel, en la consideración que merezcan sus necesidades y en la atención que reciban sus planteamientos, es donde los más jóvenes pueden ver la imagen de su propio futuro. Cuando uno plantea la solidaridad hacia los adultos mayores, hacia todo el grupo que constituyen, no está sugiriendo una especie de efusión sentimental sino que está diseñando el horizonte de toda la sociedad de la que ellos forman parte. El mundo que nos espera será solidario, o se extinguirá en el conflicto o en la desesperación o en el hastío. Cada grupo de edad representa una contribución única, irremplazable al conjunto de la sociedad. La solidaridad no es sino el reconocimiento de la condición humana en su plena dignidad.

Para los cristianos, el hombre en todas sus dimensiones personales y sociales, es el camino de Dios, el camino escogido por El al manifestarse a su creación. Por eso, el reconocimiento de la condición humana y la inquietud por dignificarla y destacarla, constituyen para esta Universidad Católica una perspectiva hacia la cual se siente llamada por su propia naturaleza. La consideración rigurosa, científica, interdisciplinar y profundamente humana de los problemas del adulto mayor, es parte constitutiva de nuestra vocación.

Agradezco profundamente a las instituciones con las cuales hemos compartido estos afanes, y les deseo el mejor éxito en sus empeños futuros.